



CITLALY AGUILAR SÁNCHEZ

1.

Por encima de la boquilla de cristal oscuro cae la espuma que llega hasta mi mano. La botella sube y baja. Yo bailo. También hay oleadas de espuma en mi interior. Me hacen sentir ligera y libre. Estoy ebria.

2.

Mi alcoholismo es un tema que me avergüenza. Aún escondo ante mis padres este vicio. No es algo de lo que me guste hablar públicamente. Si lo hago ahora es porque quiero entender.

La escritura ha sido siempre una curación en mi vida. Me ha sanado, me ha acompañado, me ha permitido perdonarme en otras ocasiones, no sé si peores, pero también muy penosas.

3.

Amélie Nothomb, en *Biografía del hambre*, relata que, durante su infancia en Japón, en casa de sus padres solían llevarse a cabo muchas fiestas, por lo que siempre había botellas de champagne destapadas y a disposición. Y que así fue como descubrió la maravillosa sensación de la embriaguez.

“Ebria a las mil maravillas, iba a dar vueltas al jardín. Daba menos vueltas que el cielo. La rotación universal era tan visible y tan sensible que gritaba de éxtasis. En el yôchien, a veces tenía resaca”, narra.

4.

Tan solo en el último mes he tenido tres borracheras a solas, que comienzan en mi casa, pero que se pueden extender a un bar o a la carretera y luego continuar nuevamente en mi casa hasta el amanecer.

Ya ni siquiera identifico mi embriaguez. Cuando voy a la cama, me meto entre las cobijas convencida de que estoy bien, que solo estoy un poco tomada, pero no me siento mal. No obstante, en la madrugada me despierto con un espantoso malestar.

Con el paso del tiempo, poco a poco, el alcohol se convirtió en una cuestión indispensable.

En el baño me viene diarrea y, enseguida, un impulso violento de vómito, el cual nunca me permite jalar antes la palanca del sanitario, así que este se convierte en una olla de todos mis desechos y fluidos. También tiene

lágrimas. Desde niña, vomitar es una condición que me asusta y que evito a toda costa. Hasta hace poco descubrí que esta es una fobia más común de lo que creo, se llama emetofobia; hay incluso quienes se tienen que medicar para sobrellevarla. Así que cada que vomito también lloro y sudo y me siento terriblemente mal, como si fuera a morir.

El malestar no termina en el baño. Generalmente continúa los días siguientes, durante los cuales, aunque ya no tenga síntomas físicos, mental y emocionalmente se presentan en forma de depresión. Un enorme vacío crece en mí arrasándome por completo.

5.

No sé exactamente cuándo comencé a beber. Quizá fue a mis 21 años, que también fue la edad en la que tuve otras primeras veces: la mariguana, el tabaco, el sexo, viajar sola, un empleo. Estaba descubriendo el mundo. En aquel tiempo beber significaba ser rebelde, divertirse... Pero solo eso. En general, no bebía más que un par de cervezas los sábados.

Con el paso del tiempo, poco a poco, el alcohol se convirtió en una cuestión indispensable. Ya no sé cómo divertirme o relajarme sin eso.

6.

Hace muchos años, cuando aún buscaba respuestas en la religión, fui a parar a una escuela gnóstica. En uno de los libros de Samael Aun Weor leí que hay un demonio que se llama Algol, que se esconde en vinos y licores, y que se apodera de nuestra mente, que la domina y la hace alejarse del espíritu.

Aunque puede leerse con reticencia, como parte de las creencias morales de un culto, me parece escuchar a este demonio llamándome cuando llevo más de tres días sobria. Me habla al oído: “nada más una”, me dice. “Una más”, me incita cuando quiero parar. “Aún no estás ebria”, me alienta cuando ya llevo varias copas encima.

7.

Durante el confinamiento por la pandemia de Covid-19, los únicos momentos en los que me sentía ligera y un poco libre eran en los que estaba ebria. Vivía en casa de mis padres, así que salía un par de veces a la semana a la tienda y compraba algunas botellas de whisky que metía a escondidas y las guardaba entre la ropa en el closet, porque el alcohol está prohibido en esa casa desde que mi padre dejó la bebida.

Casi todas las tardes bebía. Podía soportar el encierro durante la mañana si leía, si limpiaba la habitación, si comía, pero a partir de las cuatro o cinco de la tarde el mundo se pausaba, el calor se elevaba y solo quedaba yo sin ningún lugar más a dónde ir ni con quién hablar y tratando de esconderme de los que vivían conmigo. Cerraba la puerta con seguro y bebía. Muchas veces despertaba sin saber bien a bien qué había hecho por las noches. Me sorprendían respuestas de amigos a mensajes que no recordaba haber enviado.

Lo que más me molesta es que no alcanzo a pensar en el futuro.

8.

Me he propuesto estar sobria. Quizá pueda conseguirlo al menos por esta semana. Intento entender lo que he hecho de mi vida. Quién soy. Entre la bruma de la resaca que trato de disimular, quiero entender qué me ha sucedido.

Últimamente todo me ha parecido con menor importancia. La vida me parece aburrida. Lo que más me molesta es que no alcanzo a pensar en el futuro. No sé qué ver allá, a la distancia en el tiempo. Me parece que no hay nada. Quizá nunca ha habido nada ni en el futuro ni en el pasado. Quizá mis recuerdos no son lo que creo.

9.

Tengo un recuerdo de cuando vivía en casa de mis padres, que no sé si es real: mi mamá entró en el cuarto a preguntar no sé qué y fijó la vista en mi ropa. Entre unos suéteres se asomaba el

cuello de una botella. Ella la sacó y comprobó con horror que soy una persona despreciable; comenzó a gritar. Vinieron mi papá y mis hermanos. Mi padre me tomó de los brazos, me sacudió. Mi mamá pedía que me maltrataran, todos, y aunque lloraba, pude notar en su cara cierto placer al ver que todos estaban insultándome, castigándome. La culpa no me dejó defenderme. La culpa y la vergüenza. Culpa al sentir que alcoholizarme es algo horrible, y vergüenza por tener que aceptar que a mi edad sea una persona patética como para esconder aún mis vicios de padres y hermanos.

10.

Lucia Berlin es otra escritora que padeció los estragos del alcohol. Quien, tras su tercer divorcio, en 1968, comenzó a tener diversos problemas para mantener a sus hijos, problemas que en algún punto sobrellevó padeciendo de alcoholismo. Pero logró rehabilitarse. Muchos de sus cuentos narran historias al respecto: “En la profunda noche oscura del alma las licorerías y los bares están cerrados. La mujer palpó debajo del colchón; la botella de medio litro de vodka estaba vacía. Salió de la cama, se puso de pie. Temblaba tanto que tuvo que sentarse en el suelo. Respiraba agitadamente. Si no conseguía pronto algo para beber, le darían convulsiones o delirium trémens”, cuenta en “Inmanejable”.

11.

Suelo perder la memoria si bebo alcohol. No es que tenga lagunas de un evento o de unas frases. Realmente pierdo memoria de lapsos largos de tiempo en los que no sé qué hice, qué dije, cómo llegué.

Si bebo alcohol se me borra todo de la cabeza. Dicen que eso es particular de ciertas personas, es decir, el alcohol no tiene los mismos efectos fisiológicos en todos. Mi psicóloga me dijo que es un síntoma de daño neuronal.

Empiezo a sospechar que, además, esto está relacionado con mis desmayos, o, mejor dicho, con las fugas de mi mente cuando las cosas no están bien.

Hay gente que nunca en su vida se ha desmayado. Yo por el contrario me desmayo a cada rato. La primera vez fue cuando tenía nueve años. A esa edad me llegó mi primera menstruación.

Algo que odio a partir de los desmayos es el té de manzanilla. Mi mamá siempre me preparaba uno cuando recobraba la conciencia. El sonido del delgado hilo de agua cayendo en el fondo

de la taza me producía jaqueca. El humo con olor a flores me causaba náusea y lo tenía que beber poco a poco, como si fuera una medicina. No me podía negar al remedio provisional de mi mamá.

En una ocasión me desmayé en el comedor, después de desayunar, había bebido el día anterior. Me desperté vomitando sobre mí sin poder evitarlo, media inconsciente aún. Mi mamá se asustó porque según ella empecé a convulsionar. Me metió a la regadera, recuerdo que me sentí profundamente triste y desprotegida, como un trapo sucio colgando de una cuerda. Así que me llevaron de emergencia al hospital. Me hicieron tomografías y otros estudios, pensaron que quizá era epilepsia o algún trastorno neuronal. Todo salió bien, el doctor solo pudo decir que soy muy propensa a los desmayos...

Mientras los escritores ebrios se jactan de su vicio, para las mujeres conlleva culpa.

12.

Mientras los escritores ebrios se jactan de su vicio, para las mujeres conlleva culpa. Carson McCullers, Patricia Highsmith, Elisabeth Bishop, Anne Sexton, Marguerite Duras y Dorothy Parker, son algunas de una larga lista de beodas.

13.

Uno de los desmayos más dolorosos lo tuve en casa de mi exnovio, habíamos bebido mucho, fui al baño y vomité, y acto seguido él me llevaba en brazos a la cama mientras yo sentía un intenso dolor de cabeza. Él me puso una bolsa de hielo en la cara mientras repetía “no puedo con esto”, desesperado. Me dijo que me había desmayado y que me había golpeado contra la taza del baño al caer. Al día siguiente desperté con la nariz y un ojo morados.

Cualquiera pudiera pensar que él se había puesto violento conmigo, y realmente no recuerdo haberme desmayado, pero como eso es común en mí, no desconfié de él. En ese momento de mi vida sí tenía mucho estrés encima. Estaba a unos días de mudarme a mi propio departamento, así que tuve que conseguir dos trabajos y uno de los dos era violentísimo. Mi jefa me trataba muy mal, recuerdo que unos metros antes de llegar a esa oficina me detenía por unos minutos, me sentaba en alguna banqueta, contando los segundos libres que tenía antes de entrar ahí, porque realmente era abominable.

En ese tiempo sí había un ambiente de mucho estrés que mi cerebro no logró procesar con alcohol encima. Aparte, mi exnovio y yo también teníamos una relación extraña, él siempre estaba

coqueteando con otras y yo solía darme cuenta, así que todo lo que me rodeaba en ese tiempo era muy jodido. Por todas partes.

Me mudé sin tener muebles, salí de mi casa prácticamente huyendo, aunque no lo hice con peleas de por medio, sí estaba realmente harta de vivir con mi familia, pero al estar sola las cosas no mejoraron en nada ni en el trabajo ni con mi exnovio ni con mis papás. Por el contrario, cada vez se puso todo más sombrío hasta que explotó en un desastroso final.

14.

Quedé tan dañada de esa relación que comencé a beber más y a tener más desmayos. El último fue hace un par de días, también en el baño del departamento, con mi cabeza sobre la taza del baño y una de mis manos adentro, entre vómito y mierda.

Mi mente está cada vez más deteriorada, a veces, incluso sin alcohol de por medio, me cuesta trabajo entender cómo llegué a cierto lugar. Intento concentrarme en el camino que debí recorrer, la gente que pude haber visto. Y nada. Largos espacios que no puedo rellenar.

Anoche, antes de dormir, me concentré en recordar qué pudo desencadenar esto en mi infancia. Cerré los ojos y traté de volver a mis nueve años, a la casa de mis padres, con sus sofás rojos y manchados de sopa. Al olor a gas en la cocina, a ver la

Quizá entonces, el alcohol es para mí una puerta abierta hacia un lugar diferente.

vajilla blanca con flores azules que adornaba el gabinete en el comedor. Solo pude ver a mis padres sentados uno a cada lado mío, sin hablarse, sin verse; sentí la tensión de estar ahí, el deseo de huir. Y esa sensación de huir se hace grande, muy grande, me inunda y me paraliza. Quiero irme lejos. La

sensación crece adentro de mí, es negra y abarca todo, me persigue, está siempre tras de mí, quiere devorarme, devorar todo...

Y aunque ahora lo entiendo, veo claramente que la pérdida de memoria es mi manera de huir de ese hogar y que la huida sigue avanzando como una mancha negra voraz, borrando partes de mí y de mi vida sin que nada ni nadie lo pueda detener. Ni mi mamá con sus tés de manzanilla...

Quizá entonces, el alcohol es para mí una puerta abierta hacia un lugar diferente, en el que no existe nada ni nadie y yo me diluyo hacia donde no hay recuerdos, no hay dolor; es una máquina de escribir que al presionar las teclas borra palabras. Me desescribo.